

SERMON
DEL MANDATO.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE BOCANEGRA.)

Sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem; cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Sabiendo Jesus que era ya llegada su hora de pasar de este mundo al Padre; como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, continuó amándolos hasta el fin.

S. Juan, c. 13. v. 1.

SEÑOR,

Que en fin te vas y nos dejas! ¿Que se llegó ya el tiempo de la partida? que se acercó ya vuestra hora? ¿que por fin llegó ya el día de partiros para el Padre? ¿y que os habéis de ir por fin tan distante de la tierra? Pero tenéis mucha razon, Señor, tenéis mucha razon en hacerlo así; que si los hombres os pagan tan mal, si son tan ingratos á vuestras finezas, si son tan desatentos á vuestros beneficios, si son tan desconocidos á vuestros favores; ¿qué habéis de hacer sino dejarlos por sus ingratitudes, y buscar otra region donde tengáis otra correspondencia? Sean en hora buena los ángeles los que gocen de vuestra vista; sean aquellos espíritus abrasados los que experimenten vuestro amor, supuesto que ellos son los que os saben dar la debida alabanza, y corresponder como es justo á vuestras finezas. Sean ellos, digo, en buen hora los que gocen de esta dicha; y nosotros abandonados, desamparados y huérfanos en

este destierro, experimentemos desde hoy el merecido castigo, ya que por nuestro pecado y nuestra maldad somos tan indignos de vos.

Mas ay, oyentes míos! que no es esta la causa de lo que lloramos; no es este el motivo de que Cristo se nos ausente. ¿No oísteis poco há el Evangelio que se cantó? ¿no atendisteis á las voces con que se explica en él el evangelista amado y amante? Pues sabéd que la causa de ausentarse Cristo, el motivo de partirse hoy para el cielo, no fué nuestra ingratitud, sino su amor; no nuestro desconocimiento, sino su piedad; no la justa queja que tenia y podia tener de nuestras culpas, sino el deseo de explicarse hácia nosotros con mayores finezas. Vedlo en este símil. ¿No sabéis todos que el mar es de donde salen los rios, y que despues de circular la tierra todos ellos vuelven al mar? Sí, que así lo dice la Escritura (1). Pues paráos un poco ahora, y reparád en un rio cuando ya está cercano al piélago. Ved qué rápido, qué impetuoso, qué violento va hácia la orilla: ved cómo pierde la serenidad con que corre, cómo se acelera á dejar la tierra que baña, cómo se apresura á huir los campos que fertiliza, con qué fuerza sale de sus márgenes, con qué ansia busca el fin de su curso, con qué violencia vuelve á su centro, sirviéndole como de estorbo aún las pequeñas guijas que encuentra al paso. Y ¿por qué muestra el rio tanta inquietud al tiempo en que se acerca al mar? Será solo por amor á su origen? No. Pues por qué? — Por qué ha de ser? Por salir otra vez del mismo mar; por mantener con la tierra la misma comunicacion; por no cesar un punto de comunicarle sus aguas; por continuarle incesantemente sus beneficios; por repetirle perenemente sus finezas. Es verdad que vuelve al mar; mas no por esto pára su curso: vuelve á su origen; pero sin dejar por eso la tierra. Pues ved aquí bien pintado el amor de Cristo para con los hombres, y la causa de volver hoy con su eterno Padre.

De él salió, dice Isaías, como rio violento, *quasi fluvius violentus* (2), para regar el mundo con sus beneficios; y hoy quiere volver al Padre, para que no cesen sus misericordias. Corre como rio benéfico al mar de su eterno Padre; pero sin dejar la tierra que fertilizaron sus cariños. Salió del Padre, porque ama-

(1) *Eccles. c. 1. v. 11.* (2) *Isai. c. 59. v. 19.*

ba á los hombres, y se vuelve á él por el amor de los mismos hombres que amaba. Esta es la causa de acrecentarse hoy tanto su fineza; esta la razon de aumentarse tanto su ternura, y este en fin el motivo de suspirar tanto por esta hora: *hora ejus*. Su amor fué, oyentes míos, su amor fué el que le obligó hoy á dejar la capa; el que le hizo levantarse de la mesa; el que le movió á echar agua en la bacía; el que le indujo á ceñirse la toalla; el que le humilló á lavar los piés de los hombres; y finalmente por el que, como si todavía no bastasen tantas pruebas de su fineza, instituyó para los mismos hombres ese Sacramento soberano, en que nos dejó todos los regalos de su cariño y todas las dulzuras de su amor; quedándose en él para siempre con los que amaba, para templar con esta compañía la amargura que nos causa hoy su ausencia, y correr siempre en nuestro favor como un rio de caridad sin fin: *in finem*. Así triunfó hoy del corazón de Cristo el amor á los hombres. Mas para explicar mejor los excesos de su fineza, cotejemos este amor con el odio del demonio. Este será el asunto de este día; pero pidamos ántes la gracia, y sea por medio de María nuestra Señora, á quien ya se llegó la hora de pedir, y no puede excusarse Cristo, como en las bodas de Caná, diciendo que no ha llegado su hora. *Ave María*.

¡Oh, qué distinta es la tentacion que hoy tiene Cristo en el cenáculo, de la que algun día tuvo en el desierto! En el desierto le tentó el odio; en el cenáculo le tentó el amor. En el desierto le tentó el odio, porque el tentador fué Lucifer, que pretendia nuestra ruína. En el cenáculo fué el tentador su mismo amor, porque él fué quien dió la traza para burlar á Lucifer. El fin de este en tentar á Cristo fué destruir á los hombres, y el fin de Cristo en burlar á Lucifer fué edificar y exaltar á estos mismos hombres. Ved aquí la competencia entre el amor y el odio, que fué hoy el exceso sin fin del amor de Cristo para con los suyos; y ved aquí tambien explicado este amor con tres finezas correspondientes á aquellas tres tentaciones. Con aquellos tres asaltos empezó Cristo su milicia en este mundo; y con estas tres finezas labró hoy su amor la última palma al partirse al cielo, dejando contra las tres tentaciones que ideó el odio, tres excesos que trazó el amor. Las tres tentaciones del desier-

to fueron que Cristo convirtiese las piedras en pan (1), que se dejase caer desde el pináculo del templo, y que se abatiese humilde á los piés del demonio. Estos fueron los tres modos con que fué combatido Cristo en el desierto; y estos mismos son tambien con los que hoy le tienta su amor en el cenáculo. De las tres cosas que pidió el demonio, no pudo lograr ni aún sola una; pero como el amor para con los hombres podia tanto en aquel divino pecho, para confusion del mismo demonio hizo hoy todas las tres por el amor. Esta es toda la idea y la division de ella. Válgame para explicarla aquel Señor á quien la dedico, y por cuya imitacion he subido hoy á este puesto, despues de haber repetido, aunque con imperfeccion, la humilde ceremonia del cenáculo.

PARTE PRIMERA.

Viniendo pues á la primera tentacion del desierto, que fué el que Cristo convirtiese las piedras en pan, parece muy difícil de entender que esto se verificase hoy, porque nada se lee en el Evangelio, donde se indique ese milagro, ni de donde se pueda colegir una accion tan ilustre. Pero, ó católicos! ¿cómo puede decir eso quien confiesa la verdad de ese sacramento eucarístico? ¿Qué es este pan soberano sino aquella misma piedra, que fué tentada en el desierto, *lapidem probatum*? (2) ¿aquella piedra angular y preciosa que hace del hombre y Dios una cosa misma, y que por no apartarse un punto de los que amaba, ni perder un instante de estar con ellos, ideó hoy ocultarse en esa sagrada hostia, para servirles de dulce comida y acompañarlos siempre en esa mesa? Así se verificó el prodigio grande de que saliese un cordero de una piedra, que era la peticion del profeta Isaías: *Emitte agnum, Domine, dominatorum terræ, de petra deserti* (3). Pues de ella salió ese manjar soberano, que es propiamente el Cordero que quita los pecados del mundo: de la piedra del desierto salió ese Pan de los ángeles, para que se obrase hoy por los hombres el mismo milagro que negó Cristo al demonio.

Pero ¿cuándo la piedra del desierto no brotó dulzuras para el

(1) *Matth. c. 19. à v. 1. usque ad 10.*

(2) *Isai. c. 28. v. 19. Psalm. 117. v. 21. (3) Isai. c. 16. v. 1.*

pueblo escogido? Dígalo san Pablo: *Bibebant autem de spiritali, consequente eos, petra* (1). Dice que los israelitas (que somos los hijos de la Iglesia santa) bebían de una piedra espiritual que siempre los seguía. ¡Raro amor é inclinación de piedra, no saber apartarse de los que amaba! Y quién era esa piedra con tanto amor? *Petra autem erat Christus*: Cristo solamente era esa piedra. Ya lo discurriera yo, aunque no lo dijese Pablo, pues piedra que amaba tanto á los hombres, que los seguía en todos sus caminos, que hacia con ellos sus jornadas y les servía de viático en la peregrinación del Desierto, ¿quién podía ser sino Cristo? Cristo solamente era esa piedra, porque solo Cristo podía hacer ese milagro. Convertirse en alimento para sustentar á los hombres, desatarse en dulce bebida para su recreo, seguirlos y acompañarlos en el camino, es una fineza tan extraña y tan sobre todo amor, que solo Cristo la pudo hacer.

Pero ¿cuándo obró el Señor esta fineza tan inaudita? ¿en qué ocasión dispuso una maravilla tan grande? Díjolo también el Apóstol: *In qua nocte tradebatur* (2): en la misma noche en que había de ser vendido; en la misma hora en que había de verse preso. Ó divino amante! y ¿en esta noche misma os prevenís á acción tan piadosa? Sí, católicos, en esta noche misma, porque esta es la noche de su piedad, esta es la hora de su amor, esta es la hora de sus mayores ansias, y en fin esta es la hora de derretirse hasta las mismas piedras: *Hora ejus*. Por eso instituyó hoy ese Sacramento soberano, donde desleída á tanta ternura aquella piedra del Desierto, se nos dió en manjar suave y bebida deliciosa, para que bebiésemos siempre de sus espirituales dulzuras: *Bibebant autem de spiritali, consequente eos, petra*. Ó piedra enamorada, qué benéfica eres para los hombres! Siempre los sigues, siempre los amas, siempre los recreas, siempre los mantienes, y cuando te hubiste de apartar de los tuyos que estaban en el mundo, entonces fué cuando mostraste más tu amor, derritiéndote para ellos en deliciosa suavidad.

Pero ¿á qué impulso, católicos, á qué impulso dió de sí tan dulces aguas la piedra del desierto? Tendréislo acaso por ficción; pero lo que la Escritura nos dice, es que con dos golpes

(1) I. Cor. c. 10. v. 4. (2) I. Cor. c. 11. v. 23.

que le dió Moisés: *Percutiens virga bis silicem* (1). Tomó Moisés aquella vara con que hizo tantos portentos como ya sabéis, y haciendo con ella en la piedra dos heridas, inmediatamente se desató toda en dulces aguas: *Egressæ sunt aquæ largissimæ*. ¡Ó Jesus amoroso y dulcísimo dueño nuestro! ¡con cuánta propiedad te copió el Apóstol en aquella figura, haciendo sombra de tu amor la generosidad de aquel pedernal! Á fuerza de golpes dió aquella piedra el raudal de sus entrañas, y no de otra suerte que á fuerza de dos heridas manasteis también vos ese licor precioso de vuestras venas. Así respondiste en esta hora á la ingratitud de dos discípulos, que con otros dos grandes golpes hirieron tu corazón amante; uno entregándote traídoramente á tus enemigos, y otro negándote con infidelidad y desconociéndote por su maestro. Pero así lo habíais de hacer, Señor, para ser la piedra Cristo desatada en agua para la salud del pueblo, y convertida en pan para confusión del demonio. Esta fué la gran fineza que contrapuso Cristo á su primer asalto. Veamos ahora cuál fué la que ideó su amor contra el segundo.

SEGUNDA PARTE.

Fué este, como oísteis poco há, que Cristo se precipitase desde el pináculo del Templo; y para animarlo á la acción, y que no le negase esta señal que él pretendía tener de su ser divino, acordó las palabras del Salmo: *Angelis suis Deus mandavit de te* (2), en que le ofrece Dios la asistencia de sus ministros, y que sería llevado siempre en manos de ángeles. Pero ¡qué corto anduvo el demonio en proponer la eminencia del templo! Mucho mayor es la altura de donde hoy se arroja Cristo. Sabe, ó Lucifer, que piensa en mucho más su humildad, pues para mostrar á los suyos las dulces llamas de su amor, no se arrojó desde la altura del pináculo, sino desde la cumbre de su ser divino; desde la celsitud de su grandeza, desde la eminencia de su gloria, desde lo elevado de su dignidad. No desde el templo de Jerusalem, que era material y limitado, sino desde el de sí mismo, de quien aquel era solamente un bosquejo: *De templo corporis sui* (3).

(1) Num. c. 20. v. 11. (2) Psalm. 90. v. 11. (3) Joann. c. 2. v. 21.

Y esto para qué? No para que le admirasen los hombres, viéndole servido de ángeles, sino para que se admirasen los ángeles viéndole servir á los hombres. ¿No sabias tú que este gran Rey vino á la tierra á servir, y no á ser servido? ¿Por ventura ignorabas que para este fin tomó la forma y vestido de siervo? Acaso no alcanzarias este arcano tan inaudito, porque se te haría increíble tanta humillacion á vista de tu vanidad. Pero si no crees todavía en Cristo este amor, esta humildad, este abatimiento, deja por un rato esa altura, y ven conmigo al cenáculo. Atiende á lo que va á hacer con los hombres el Hijo de Dios, por sí al verle ocupado en accion tan humilde, caes algun tanto de tu vanidad y soberbia. Mírale bien cómo se quita la capa, cómo echa agua en la bacía, cómo se ciñe la toalla, cómo se arrodilla ante sus discípulos, que eran unos pobres pescadores; mira cómo les lava los piés, cómo pone en ellos aquellas manos, cómo los enjuga, cómo los limpia, cómo los abraza, cómo los besa. ¿Parécete pues si será esto algo mas que echarse desde el pináculo? Quiéresle todavía mas caido? quiéresle mas abatido? quiéresle mas humillado? quiéresle mas obsequioso? ¿y en fin quiéresle todavía con mas señales de siervo?

¿Mas para qué gasto palabras con quien no las oye? ¿para qué hablo con quien no me escucha? ¿para qué tanto sermón con quien no se entenece? Déjote pues á ti, ó Satanás, por protervo, por cruel, por inflexible, y vuélvome á los que por lo mismo que son frágiles en pecar, tienen accesible el corazón. Decídme pues, amados oyentes, ¿podrá subir á mas la fineza que á lo que hizo hoy en esta accion este Dios amante? ¿Habrá habido algun amor, por fino que sea, que haya obligado á humillarse así? Ó amados míos! ¿con qué corresponderemos á este amor? Lenguaje es propio de los amantes ostentar esclavitudes en los afectos; pero esto es una ficcion: solo en Cristo fué hoy verdadera la voz *esclavitud*; solo en Cristo fué verdadera, pues solo él fué el que tomó la forma de esclavo, el que se mostró verdaderamente rendido, y el que para manifestar su amor á los hombres, se puso hoy humildemente á lavarles los piés, mostrando en esta accion tan baja hasta dónde llegaba su fineza, y dejando de esta suerte acreditada del todo su servidumbre. Válgame Dios! y es posible esto, católicos? es posible? ¡El resplandor del Padre reducido á tal baja! ¡el que descansa sobre querubines, puesto así á los piés de los hombres!

Pero ¿qué nos admiramos de que Cristo haga esto en la tierra, si hace lo mismo en el cielo? Se ceñirá en él, dice san Lucas, otra toalla como la del cenáculo, y poniendo á sus escogidos en aquella mesa (que es la cena grande á que nos convida), pasará con la mayor humildad por todos los hombres, ejerciendo eternamente su servidumbre: *Præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis* (1). Tanto gusta á Jesucristo el traje de esclavo, que no lo desdeña, ni aún cuando se ostenta señor. ¿Qué mucho pues que haga esto hoy con sus discípulos, si aún cuando se muestra rey, quiere parecer siervo?

Bien dice san Pablo, que su venida al mundo fué para evacuar ó dejar vacíos á los principados y potestades: *Cum evacuaverit omnem principatum et potestatem* (2). Los ángeles fueron criados para servir á los hombres; que aún por eso el demonio, en la segunda tentacion del desierto, citó puntualmente las palabras del Salmo: *Angelis suis Deus mandavit de te* (3). Este fué el destino que tuvieron desde su creacion, y el que ejercieron siempre desde el principio del mundo hasta nuestra edad. No obstante alguna vez se dejaron servir de los mismos hombres, y admitieron de ellos obsequios muy rendidos, como se vió en Lot y en Abrahan, de quien se dejaron lavar los piés y servir á la mesa, como afirma de uno y otro la santa Escritura (4).

Pues ved aquí ya el vacío que vino á descubrir Cristo en los ángeles, dice san Gregorio (5), ó el descubierto que manifestó haber tenido estos en sus ocupaciones y oficios; pues tomando su Majestad hoy la forma de esclavo, y dignándose de ejercitar la servidumbre hasta el exceso de lavar los piés á unos pescadores, parece que al tomar la bacía y ceñirse la toalla, quiso decir á las potestades del cielo: «*ea, ministros míos, atendéd bien á esta accion; reparád en esta humildad; enrojecéos de este abatimiento; aprendéd aquí á servir á los hombres, que ese es el oficio que os di, y ese el que quiero que ejercitéis; que si vosotros, aún siendo criados para servir al hombre, os dejasteis lavar los piés de uno tan santó como Abrahan, yo me bajo hoy á lavarlos á doce, y uno tan ruín como Júdas.*» Ved

(1) *Luc. c. 12. v. 37.* (2) *I. Cor. c. 15. v. 24.* (3) *Psalm. 90. v. 11.*

(4) *Gen. c. 18. v. 4. et c. 19. v. 2.*

(5) *Greg. Magn. Serm. de cana Domini.*

si fué esto propiamente deslucir á los ángeles; pero mas parece que fué avergonzar al demonio, pues cuando creyó este tentar á Cristo con que se dejase ver de los hombres en manos de ángeles, él abatiéndose hoy á la mayor y mas inaudita baja, quiso dar leccion de servir á los mismos ángeles, haciendo que le viesen puesto á los piés de los hombres. Mas para que las tentaciones del cenáculo dejen al demonio mas confuso, ven-gamos ya á la tercera del desierto.

PARTE TERCERA.

Llevó pues el demonio á Cristo á un monte muy alto: mos-tróle desde él las cortes, las ciudades, los reinos y todas las grandezas del mundo; y despues de haberle representado como en un mapa todas sus glorias, le dijo: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me* (1): todo esto que ves, será tuyo, si te postras delante de mí, y me das por un instante adoracion. Y á esta tentacion del demonio ¿cuál fué la respuesta de Cristo? La que debió ser: llenóse su Majestad de una ira santa, indignóse altamente contra aquel maldito, y no pudiendo ya sufrir tanta altivez, tanta soberbia, tanta hinchazon, echóle de sí con grande aspereza, diciendo: *Vade retro, Satana*; quítate allá, Satanas. Cómo me hablas así? ¿no sabes que esa humildad está reservada solo á Dios? ¿Está solo para el Criador, que es á quien por su ser soberano se debe todo el rendimiento, toda la adoracion y toda la servidumbre?

Pero, ó Señor mio, ¿cómo se muda el tiempo y las circuns-tancias de él! ¿qué distinto es el desierto del cenáculo! ¿y cuánta mas fuerza os hace el amor del hombre que la oferta del demonio! ¿Oh, qué mal le salió á este la traza con que qui-so entónces tentar á Cristo! Ven acá, infeliz, otra vez; y eres tú el discreto? eres tú el sabio? eres tú el astuto? eres tú el tentador? Pues yo me atrevo á decirte que no sabes tentar. Si tú dieses á Cristo por la suya, tú le rindieras, tú le abatieras y tú le hicieras, aunque fuesen mil veces, arrodillarse y postrar-se; pero si no sabes el modo, ¿qué has de conseguir sino un *vade retro*? Vas á ofrecerle mundos, vas á ofrecerle reinos, vas á ofrecerle tesoros, y ¿no quieres quedar desairado? Muda de

(1) *Matth. c. 4. v. 9.*

estilo; prueba otro medio; estudia otra frase, y le verás pos-trado, le verás humillado, le verás abatido, como le vemos hoy. Dáale por lo que quiere, no por lo que desprecia, dáale por lo que ama, no por lo que desestima: no le des riquezas, sino quítale almas; no le des tesoros, sino quítale hombres; no le des mundos, sino róbase uno de los suyos que están en el mun-do; que aunque ese hombre sea un malvado, aunque ese hom-bre sea un ingrato, aunque ese hombre sea un ruín, aunque ese hombre sea un traidor, le verás arrodillado y puesto á tus piés, sin reparar en su altura, sin reparar en su grandeza, sin reparar en su dignidad, sin reparar en que es Hijo de Dios.

¡Pero, ó Señor mio, qué tarde viene esta advertencia! ¡Qué prevenido estuvo el demonio en este modo de obligaros, escarmentado sin duda de las repulsas del monte! Ya, Señor, ya llegó el día de veros á sus piés; ya llegó la ocasion de veros de rodillas delante de sí. Apoderóse de aquel mal discípulo, á quien tú tanto amabas; aposentóse en el corazon de aquel hombre, que era uno de los tuyos que estaban en el mundo; y y por ver si podías apartarle de él, por ver si lograbas reducirle otra vez á tu amor, sin mirar su alevosía, sin atender á su infamia, sin acordarte de su traicion, con gran gusto le lavaste hoy los piés y te postraste delante de Satanas. ¿Podrá haber mayor humildad? podrá idearse mayor fineza? Cristo á los piés de un traidor! Cristo postrado ante Lucifer! Ó Pastor divino! ¿no te bastaba, para acreditarte de amante, llevar sobre tus hombros la oveja, sino que tambien quisiste estar á los piés del lobo?

Sin duda estarás muy ufano, ó tentador maldito, de tener á tus piés ese trofeo. Pero no cantes todavía la victoria; que esa misma humillacion que ahora te deslumbra, teniéndola por pal-ma, esa misma ha de ser la que te desvanezca. ¿No te acuerdas de la piedrecita que sin impulso ajeno rodó del monte? (1) ¿No sabes que esa representaba á Cristo, que bajó del monte del cielo, concibiéndose en María por virtud soberana, sin interve-nir obra de varon? (2) ¿Ignoras que era la piedra Cristo la que rodaba por el desierto tras de los que amaba; aquella á quien derritió el amor en dulce bebida para su alivio, y convirtió en pan para su sustento? Dime mas: ¿no estabas tú representado

(1) *Dan. c. 2. v. 34.*

(2) *Ambros. Serm. 70.*

en aquella grande estatua de Nabuco (símbolo el mas propio de tu vanidad), á quien esta piedrecita destrozó y redujo á polvo con solo caer á sus piés? Pues si todo esto sabes, ¿cómo puedes cantar ese triunfo? Mas razon habia para que lloraras tu sonrojo. Cayó esta piedrecita de lo alto, rodó del monte, se abatió á tus piés; pero á qué fin? para adorarte como pretendias? para idolatrar en ti como deseabas? No por cierto. Pues para qué? Para arruinarte y deshacerte; para desvanecerte y destruirte; para dar tus cenizas al viento; para ajar tu vanidad, y en fin para abatir de tal forma tu presuncion, que nunca mas volviesses á parecer. Así sucedió entónces en figura, y así lo acreditó la realidad en esta hora, en que postrándose Cristo á los piés del demonio por ganar á un hombre, dió á entender con evidencia cuánto era el amor á los suyos que estaban en el mundo, pues lo que no pudo Lucifer con todas sus dádivas, logró un Júdas con todas sus traiciones.

Ved aquí, aunque mal pintado, el amor de Cristo para con los suyos: ved tambien á su Majestad triunfante del odio y vencido del amor. Resta ahora exhortaros á su ejemplo, que es con lo que él concluyó el sermon de esta tarde: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis* (1). ¿Y quién creerá que haya alguno que deje de seguir este ejemplo? Pues cotejemos nuestras acciones con las de Cristo. Cristo tan zeloso de las almas, que para ganar la de un Júdas, no dudó postrarse á los piés de Lucifer; y nosotros tan dormidos y descuidados de su salud, que nada se nos da de su perdicion. Cristo tan amante de nuestra pureza, que por lavar las mas leves manchas, se abate á los piés de los hombres (que eso significa propiamente lavar hoy los piés á sus discípulos); y nosotros tan omisos en precaver las mas graves, que no estorbamos ni aún las escandalosas y enormes. Cristo tan cuidadoso de nuestro bien, que para alimentarnos se dió por pastó á sí mismo, convirtiendo en pan de vida su sagrado cuerpo, y en bebida su preciosa sangre; y nosotros tan insensibles á las miserias de los pobres, que no solo no les damos lo nuestro, sino que les negamos lo suyo, faltándonos de un todo la compasion, y dejándolos lastimosamente perecer de hambre y de necesidad. Ó qué dolor! ¡qué diversa es esta conducta de la de

(1) Joann. c. 13. v. 15.

Cristo! ¡y qué distinto nuestro carácter del de la piedra del desierto! Oyentes míos (especialmente los constituídos en dignidad eclesiástica), cuidado con estos menores, á quienes el Señor llama *suyos*; cuidado con estos desechos que vosotros tanto despreciáis; y seguid de aquí adelante el ejemplo que os da hoy, atendiendo á su remedio, cuidando de su limpieza, estudiando en su disciplina y velando sobre el Bien de su alma, aunque sea menester para ello ponerlos á los piés del demonio. No tendréis disculpa en su recto juicio, si no imitáis su caridad y su zelo: *Exemplum enim dedi vobis*.

Y vosotros, á quienes la suerte hizo inferiores en el destino, atendéd tambien á este ejemplo; y cuando Cristo os llama *suyos* por el amor, no os hagáis ajenos de él por la ingratitud. ¿Podré esperarlo de vosotros, amados oyentes? ¡Oh cómo me temo que no, porque es mucho lo que puede el aire de nuestra vanidad! ¿Cuántos habrá en mi auditorio que aún á vista de este ejemplo no quieran perdonar á su enemigo, no quieran humillarse á su hermano, y aún despues de haber oído este amor de Cristo, se lleven en el corazon todo su odio? Pues no ha de ser así, oyentes míos, no ha de ser así; fuera desde ahora sinrazones: ya no mas, Señor, ser ingratos, ya no mas ser desatentos. Mas para esto, Señor mio, ayúdenos vuestro dulce amor; aquel amor con que lavaste hoy los piés á Júdas; aquel amor con que convertiste las piedras en pan; aquel amor con que instituíste ese Sacramento; y finalmente aquel amor con que te despediste hoy de los tuyos que estaban en el mundo. Así lo habéis de hacer, ó divino amante! por el triunfo que tuvisteis hoy del demonio en sus tentaciones; por la gloria que os dieron los ángeles viéndoos arrodillado á sus piés; que nosotros rendidos y postrados, como debemos á los vuestros, os ofrecemos desde hoy una voluntad tan fina, tan constante y tan arreglada á lo que merece vuestro amor, que no haya punto ni instante en que no nos amemos, teniendo siempre presente vuestro amor sin fin, *in finem*, para que nunca pueda llegar el fin de nuestro amor. Así lo esperamos, Señor, de vuestra clemencia, mediando para ello vuestra gracia, que es prenda segura de la gloria. Yo os la deseo.